

dulzuras de San Vicente de Paul; la aritmética al servicio del alma; un Rockefeller que siembra sus millones para regar salud por todo un continente! Un Carnegie erigiendo palacios a la Paz! (1)

Epílogo

Hoy comienza a tener fuerza en el mundo una tendencia: la internacionalización. El nacionalismo es un culto y debe estimularse, pero mejor será el nacionalismo internacionalizado. El nacionalismo exclusivista nos lleva a prevenirnos contra otros pueblos, y eso no es humano. La reconstrucción del mundo—desquiciado constantemente por el nacionalismo exagerado—estará a base de generosidad y de comprensión. Comprendamos mejor a pueblos que tal vez quieren a su vez comprendernos mejor a nosotros.

Pero algún inquieto puede preguntarse: ¿Cómo van a estar juntos el lobo y el cordero? ¿Cómo pueden armonizar razas antagónicas? Y entonces es preciso que hagamos una digresión y que nos preguntemos: pero ¿qué se entiende por raza? ¿Qué diferencias existen entre las razas?

Los antropólogos suelen emplear divisiones como las diferencias físicas, mentales, lingüísticas y de cultura. Pero—como dice el profesor Dashiell de la Columbia University—de todo ese trabajo prolijo y esmerado sólo una conclusión cabe deducir: En cuanto se refiere a rasgos anatómicos los tipos étnicos son inestables, plásticos, y están sujetos a las influencias del medio, bastante poderosas tal vez para neutralizar los rasgos característicos que se supone debidos a la herencia étnica. (2) Las diferencias mentales pueden también ser mucho más pequeñas de lo que se cree; no existen desigualdades importantes. Allí donde pareciera haber considerables diferencias intelectuales, debe tenerse por mucho en cuenta el medio respectivo social y de cultura, así como físico.

Los etnólogos han citado la afinidad de idiomas como indicio de afinidad de razas, particularmente respecto de los pueblos europeos. El tema requiere sólo algunas palabras—dice el citado profesor Dashiell—; tanto en tiempos antiguos como en los modernos ha habido razas o nacionalidades sin un lenguaje común. Obsérvese en las razas numerosas aun no asimiladas en los Estados Unidos, pero que hablan el inglés. El lenguaje, es, ciertamente, un accidente del medio social. Igual consideración cabe hacer sobre las diferencias de cultura.

El internacionalismo no tiene, pues, las vallas de los distintos elementos étnicos, pues la convivencia de los hombres hace, más que todo, la unidad de la civilización.

Y respecto de los Estados Unidos: ¿Se cuidan ellos de lo que llamamos raza? ¿Son ellos una raza en verdad? Ningún pueblo tan cosmopolita como éste. Recordemos que tienen en su seno más de 10.000.000 de negros.

Harto sabido es—como dice Masferrer—que la exclusión de japoneses y de chinos no provino en los Estados Unidos de repugnancias de sangre sino exclusivamente de que los naturales de aquellas naciones—habilísimos y muy sobrios trabajadores—harían bajar considerablemente el salario usual que devengan los trabajadores norteamericanos, y a causa de ello, *el tipo de vida económico y social creado por los Estados Unidos se trastornaría y arruinaría.*

No puede hablarse, sin pecar de exclusivistas, en nombre de una raza. ¿Existe la unidad etnológica en lo que llamamos América Latina?

Producto heterogéneo de varios factores disímiles, estos pueblos sólo han tenido y tienen una cosa única: su Misión. Misión trascendentalísima y hermosa que se ha ido perdiendo

por falta de visión del porvenir y por un hondo arraigo en las viejas formas que tuvieron un día auge en la Europa carcomida.

Resumiendo, pues, esta digresión, diremos: que no podemos hablar en nombre de una raza contra otra raza porque no existe la unidad de ninguna raza; que el hombre debe tender hoy a internacionalizar todas sus actuaciones y, desde luego, con mayor razón, los países; que el concepto de nación obedece a un estado de conciencia colectivo más que a elementos etnológicos y, por consiguiente, todos los hombres de la tierra podemos integrar una nacionalidad en cuanto estemos más cerca; y finalmente, que debemos estimular el movimiento de atracción entre los diversos pueblos porque ese es el aliento de amor que mueve a las piedras y a los mundos!

Ya sabemos que las naciones fueron grandes muchas veces, no por su extensión, sino por su cultura. Centros luminosos del mundo fueron pueblos que en sus condiciones materiales no eran mayores que Centro América. Pero tuvieron su cultura! Y sobre todo, aspiraron *con fuerza e insistencia, a ser la expresión de una nueva forma de vida.* (1)

Porque cada pueblo, señores, tiene una misión que cumplir y un aspecto de la vida que desenvolver unos dieron al mundo una visión divina que hasta ahora los hombres comienzan a comprender; otros dieron una pauta de belleza; otros las normas de la Ley; cuales, la fuerza, o la galantería o el valor.

Pues bien; la expresión de vida que debía dar y que aun puede y debe dar nuestro continente es una constante y decidida impulsión espiritual, un sentido nuevo de la cultura y desde luego, de las costumbres, inveteradas a fuerza de imitar a los pueblos viejos. Tomemos nuestra propia fisonomía, desarrollémonos en nuestro propio cuerpo y seremos nosotros y seremos nuestros.

Un desarraigo súbito, inmediato, total, de viejos prejuicios: que el militarismo se convierta en fuerza de la cultura; que el caudillaje y la política egoísta sean trocadas por la comprensión y la armonía social; que los hombres aspiren a mejorarse y entonces habrá respeto para todos y en cada uno habrá una imagen cierta y luminosa de la patria.

En tanto, si los Estados Unidos tienen la mayor cantidad de oro que hay en el mundo y ese es su signo, tal vez su misión sea, como alguien dijo, la de dar todo su oro para que se funda con él el monumento del *espíritu nuevo*; y la América hispana—por cuya raza hablará ese espíritu—es la que va a moldear ese monumento y va a infundirle—como el Creador al primer hombre—vida espiritual y eterna.

Salve, pues, la América toda ya que para tan altos designios está llamada!

ROGELIO SOTELA

(1) Alberto Masferrer, REPERTORIO AMERICANO, N° 22, tomo V.

UNA CENTURIA LITERARIA

(Prosas y prosistas uruguayos)

1800-1900

Por Hugo D. Barbagelata. París, 1924

Tenemos encargo de vender algunos ejemplares de esta magnífica antología. Precio del ejemplar **₡ 7.00.**

Aproveche la ocasión y hoy mismo solicite el suyo al Sr. Admor. del «Repertorio Americano».

(1) *La América Sajona ante la América Latina.* Revista de la Universidad de Guatemala.

(2) *Fases Psicológicas del Internacionalismo,* J. J. Dashiell.